

**El lirismo como método de canalización
agónica de la irracionalidad en el
pensamiento de Cioran**
**Lyricism as a method of agonizing channeling of
irrationality in Cioran's thought**

Paolo Gajardo Jaña
Universidad de Chile^φ
paolo.gajardo@ug.uchile.cl



Recepción: 14-04-2018 **Aceptación:** 20-05- 2018

Resumen: Este artículo busca exponer cómo, desde la perspectiva de E.M Cioran, se plantea una canalización estética como medio para plasmar un fondo irracional de la existencia. En un primer momento, se determinará el *sentimiento de muerte* como eje central, a partir del cual se demarcan dos tipos de existencia, en vista de caracterizar a quién sí lo posee. Posteriormente se explicita cómo la vida se torna necesariamente una agonía para este tipo de existencia, la cual no se puede sobrellevar con creencias, pero sí mediante un método que el autor propone. Este método consiste en la canalización estética con la forma de un lirismo capaz de plasmar el fondo irracional que yace bajo toda existencia.

Palabras clave: Lirismo, Sentimiento, Muerte, Irracionalismo, Agonía, Cioran, Expresión, Estética.

Abstract: This article seeks to present how, from E.M Cioran's perspective, an aesthetic channeling is put forward as a means to give expression to an irrational extent of existence. Firstly, the *feeling of death* will be established as the primary axis from which two types of existence are demarcated with the aim of characterizing those who own such feeling. The main object is to explain how necessarily for this kind of existence life becomes an agony which cannot be endured with beliefs, yet it can be undergone -in some way- by means of a "method" that the author proposes. This "Method" will ultimately trigger an aesthetic channeling as a form of lyricism able to depict the irrational depth that underlies all existence.

Keywords: Lyricism, Feeling, Death, irrationalism, Agony, Cioran, Expression, Aesthetic.

^φ Investigador en Filosofía, Universidad de Chile.

1.- Sentimiento de muerte: escisión de dos modos de existir

A lo largo de la obra de E.M Cioran, es posible identificar una idea constante que es preciso determinar, pues, es un elemento en torno al cual es posible estudiar y tratar el pensamiento de este autor. Esta idea reiterada es “El sentimiento de muerte”. Como el mismo término lo indica, no puede corresponder de ningún modo a un mero conocimiento intelectual, sino que es un sentir intuitivo, autoevidente e ininterrumpido para quien lo experimenta. Es más que el mero ser consciente de la propia muerte, es sentirla constantemente, de una manera tal que involucre a todo el ser del sujeto, como ya fue tratado por A. Aldana y E. Garzón: “Esta intuición significa, entre otras cosas, sentir el progreso de la muerte avanzando en nosotros sin poder alejarnos de esta percepción (...) la afección ininterrumpida de la muerte susurrándonos al oído su presencia desde lo más profundo del alma” (2017: 318) Así, el sentimiento de muerte será entendido como lo más íntimo, personal e incommunicable, pues es un experimentar la propia muerte “en primera persona”, sentirla como una dirección inevitable ante la que nada se puede hacer; como tal, no es un mero constatar la muerte de manera externa, ajena e impersonal, en la muerte de otros. Para Cioran, la posesión o carencia de dicho sentimiento de muerte es lo único que puede demarcar entre dos tipos de seres humanos:

Es la muerte el verdadero criterio... Y es ella, la más íntima dimensión de todos los vivientes. La que separa la humanidad en dos órdenes tan irreductibles (...). El abismo de dos mundos incommunicables se abre entre el hombre que tiene el sentimiento de muerte y el que no lo tiene; sin embargo los dos mueren; pero uno ignora su muerte, el otro la sabe; el uno no muere más que un instante, el otro no cesa de morir. (...) El uno vive como si fuera eterno; el otro piensa continuamente en su eternidad y la niega en cada pensamiento (1983: 27-28).

Para el autor solo existen estos dos tipos de hombres, ubicados en dos antípodas extremas. Al ser la mayoría perteneciente al grupo de los que no poseen el sentimiento de muerte, Cioran los caracteriza como aquellos hombres “normales”, que producto de una ingenuidad y un olvido ilusorio, ignoran su muerte, o al menos no la experimentan como propia, es decir, de una manera íntima y personal. Este primer grupo se mantiene en un equilibrio superficial, producto de su relación con la muerte de manera ajena e impersonal, como algo que les viene del exterior a los hombres, a lo sumo establecen una relación con *la muerte*, nunca con *su muerte*. Consecuentemente, el autor dirá de este primer grupo que no posee el sentimiento de muerte:

Es característico de las personas normales considerar la muerte como

“El lirismo como método de canalización agónica de la irracionalidad en el pensamiento de Cioran”

algo que procede del exterior, y no como una fatalidad inherente al ser. Una de las mayores ilusiones que existen consiste en olvidar que la vida se halla cautiva de la muerte (Cioran, 1991: 18).

Ante todo, este primer grupo es preso de su ingenuidad ante la muerte; solo mueren un instante, es decir, en el momento en que llega la muerte efectiva, mientras que todo el tiempo anterior se vive como si no se fuera a morir nunca, al menos sin sentir la muerte de manera directa e inevitable. Es por esta ingenua ilusión que aquellos que carecen del sentimiento de muerte pueden llegar a experimentar paz y equilibrio, desenvolviéndose ante la vida en armonía, sin embargo, esta ilusión siempre está propensa a ser disuelta por el sentimiento de muerte. Cioran reconoce que este primer estado es lo más natural y común entre los hombres, como el *hechizo de la integración* ante la vida y el mundo, que se da de manera espontánea. Se trata de un amor instintivo ante el ser, el cual es envidiado como un bien perdido e irrecuperable por aquellos que poseen el sentimiento de muerte (1991: 37). Los hombres que permanezcan cerrados a su sentimiento de muerte se mantendrán entonces estáticos en la antípoda en la cual la racionalidad impere y, como tal, encubra todo aquello que pueda precipitar a dicho sentimiento. De este modo, la razón rehúye de ello mediante creencias tales como la fe en la inmortalidad del alma, ilusiones teológicas de una trascendencia después de morir, o tesis finalistas, como las del cristianismo (Cioran, 1991: 19). La razón del hombre que elude el sentimiento de muerte trata de escamotearlo mediante conceptos y abstracciones, por lo que trata de renegar de una certeza que es anterior, inevitable y necesaria. Otro rasgo característico de este primer tipo de existencia, es que, en la medida en que impera la racionalidad, esta llega incluso a mediar en el terreno de la creación (artística), la cual da como resultado obras con ciertos rasgos, que, a juicio de Cioran, no merecen la pena. Se trata de contenidos que carecen de valor, al punto de considerar que ese tipo de personas no caen en la categoría de genuinos *creadores*. Dentro del ámbito de estos pseudo-creadores, se encuentran rasgos tales como la sistematicidad, la unidad, la preocupación por la forma y la unión esquemática de sus contenidos. Rasgos que para el autor no son más que el producto de la mera obstinación y trabajo de una inteligencia estéril, que permanece sumergida en la racionalidad (Cioran, 1991: 32).

En contraste, el hombre que se entrega a su sentimiento de muerte, en la medida en que pierde esa ingenuidad y encanto instintivo ante la vida, experimenta un sufrimiento ante el que la racionalidad no puede responder y no puede traducirse mediante sistemas, formas y esquemas. Tal pérdida de la ingenuidad es inevitable, pues la racionalidad no puede hacerle frente al sentimiento de muerte, por lo que solo le queda ceder: “Nadie ha vencido la obsesión de la muerte a través de la lucidez y el conocimiento. (...)”; La

muerte ya nació victoriosa. ¿Y cómo no va a ser victoriosa si la nada es su madre y el horror, su padre?" (Cioran, 1996: 173). Es, por tanto, un tipo de existencia que se sumerge en un profundo sufrimiento inconmensurable, al punto de que la vida se identifica con una agonía ininterrumpida y, por tratarse de un sentimiento, que ha de ser entendido a modo de una intuición, es incommunicable e imposible de asimilar para un ser humano que se encuentre en la antípoda opuesta:

Existencia igual a tormento. La ecuación me parece evidente. No lo es para uno de mis amigos. ¿Cómo convencerle? No puedo prestarle mis emociones; ahora bien, solo ellas tendrían el poder de persuadirle, de aportarle ese suplemento de malestar que reclama con insistencia desde hace tanto tiempo (Cioran, 1998: 109).

El segundo tipo de hombres, aquellos que están en posesión del sentimiento de muerte (dentro del cual el mismo Cioran se reconoce), están marcados por un profundo sufrimiento, que torna la vida en una agonía constante. Pero, es preciso detenerse a caracterizar en qué consiste esta noción descrita por el autor quien hace constantes referencias a ella en su primera obra:

Ella refleja la imagen de la vida que lucha en las garras de la muerte, con muy pocas posibilidades de vencer. (...), agonizar significa ser martirizado en la frontera entre la vida y la muerte. Siendo la muerte inmanente a la vida, esta última se convierte, casi en su totalidad en una agonía. (...). La agonía verdadera nos hace alcanzar la nada a través de la muerte (Cioran. 1991: 13).

Solo en la medida en que la revelación del propio sentimiento de muerte destruya toda ingenuidad e ilusión de aquella primera actitud ante la existencia, se deja al sujeto enfrentado de manera personal e íntima ante este *martirio*, que consiste simplemente en mostrar nuestra condición tal como es, sin los *adornos tranquilizadores* escogidos con suma minuciosidad por la razón. Consiste en una agonía que el hombre, hallado en la antípoda opuesta, jamás podrá comprender a cabalidad sin entregarse al abismo del sentimiento de muerte, en el cual se deja de rehuir y afronta la vida como el camino hacia la muerte, en donde, a sabiendas del final, cada paso en la vida es un paso más en dirección a la muerte. (Cioran. 1991: 19).

2.- Contrastes y similitudes con la filosofía de Mainländer y Nietzsche

A estas alturas este planteamiento puede evocar en el lector algunos aspectos de la filosofía inmanente de Mainländer, la idea de considerar la vida como camino hacia la muerte, y la agonía que conlleva, parece ser un punto común que se puede notar en *Filosofía de la redención* de este filósofo:

“El lirismo como método de canalización agónica de la irracionalidad en el pensamiento de Cioran”

La vida es medio para la muerte y como tal se le presenta al más imbecil: morimos sin cesar, nuestra vida es una lenta agonía, diariamente gana la muerte en poderío frente a cada ser humano hasta que, finalmente, apaga de un soplo la luz de la vida de cada cual (Mainländer, 2011: 128).

Sin embargo, hay una diferencia fundamental, que torna opuestos a estos dos autores, cuando ya con el título *Filosofía de la redención* se puede entender a qué apunta la totalidad de la propuesta de Mainländer, pues si bien parece coincidir en el diagnóstico de que “vida y sufrimiento son uno y lo mismo” (Mainländer, 2011: 136), la propuesta inmanente de Mainländer encuentra en la muerte (bajo ciertas condiciones) una redención, en la medida en que sea una muerte absoluta y no relativa. Solamente en caso de no dejar una descendencia, se conseguirá aniquilar la voluntad y se seguirá el curso desde el ser hacia el no ser, con la necesidad que ya había sido establecida por la unidad pre cósmica simple que propone el autor:

Todo lo que concierne al ser humano: necesidad, miseria, pesadumbre, preocupación, enfermedad, oprobio, desprecio, desesperación; en suma, toda la esperanza de la vida, no se debe a una providencia insondable que procura lo mejor para él de manera inescrutable, sino que él sobrelleva todo esto, pues eligió todo por sí mismo, antes del universo, como el mejor medio para la meta. Todos los golpes del destino que lo afectan los ha elegido, porque sólo a través de ellos puede llegar a ser redimido (Mainländer, 2011: 137-138).

La propuesta de este autor plantea la teleología del exterminio, en la cual el no ser es preferible al ser, pues al alcanzarlo se sigue el curso necesario y se encuentra la redención al entender la vida como medio para la muerte, cuando alcanza la nada absoluta como meta de la *creación*. Con estas afirmaciones, se encuentra así un punto de quiebre con Cioran, porque ante el mismo diagnóstico de la agonía y sufrimiento de la vida, se tiene una resolución más radical y menos alentadora de lo que podría ser encontrado en *Filosofía de la redención* de Mainländer; contraste que se puede claramente notar en la primera obra de Cioran:

¿No constituirá la nada en ese caso la salvación? Pero, ¿qué salvación puede haber en el vacío? Siendo casi imposible en la existencia, ¿cómo podría realizarse la salvación fuera de ella?

Y puesto que no hay salvación ni en la existencia ni en la nada ¡que revienten este mundo y sus leyes eternas! (Cioran, 1991: 22)

Ante una resolución tan categórica, la inmensa agonía no puede ser redimida

ni tampoco se puede sobrellevar, a no ser mediante ilusiones u obstinaciones de la razón, pero que para el hombre que está enfrentado a su sentimiento de muerte constituyen una alternativa ya imposible, pues, una vez se ha captado el modo de ese sentir intuitivo no es posible volver a la ingenuidad previa a la revelación. Frente a dicha agonía, que parece ser infinita, toda creencia pacificadora resulta inútil; consecuentemente Cioran no ve en la religión una opción, sino que es entendida como otro de los intentos (fallidos) de la razón por apaciguar el malestar que genera el sentimiento de muerte y que, al igual que los demás esfuerzos de la razón, solo pueden ser efectivos en la medida en que aún no se experimente el sentimiento de muerte. En esta línea sostiene: “Es obvio que Dios era una solución y que nunca se encontrará otra igualmente satisfactoria” (Cioran, 1998: 107). Por lo tanto, la solución metafísica trascendente que otorgaba la religión mediante Dios, y la propuesta finalista de una redención que conllevaba, solo proporciona paz y tranquilidad a aquellos hombres que no se han precipitado aún a su sentimiento de muerte, puesto que siempre está latente a pesar de que pocos lo lleguen a experimentar.

El autor va más allá, con un aforismo dedicado a la teología (Cioran, 1983: 152-153) cuando reflexiona en torno al carácter cambiante de la figura de Dios y lo dependiente que es este respecto a las consideraciones de los humanos, porque sus atributos, e inclusive su existencia, le son conferidas según el estado anímico de cada cual. Por tanto, la figura de Dios está destinada a no tener una duración universal, pues ante la total dependencia respecto a las personas no puede permanecer inmutable en el tiempo. De hecho, un examen más detenido lo revela como una causa inútil, como un absoluto sinsentido, que es incapaz de resistir la curiosidad y la investigación del ser humano que repara en ello. En este sentido, se hace finalmente un llamado a desprenderse de esta idea vacía que se ha tornado inservible. Es necesario separarse de dicha idea puesto que no sobrevivirá mucho tiempo más, en virtud de que cada vez se va haciendo más desgastada y envejecida, al punto en que inevitablemente llegará el momento en que nadie le forjará nuevos atributos y todos los anteriores estarán eliminados. En definitiva, la propuesta teológica, para el hombre que ha padecido ya el sentimiento de muerte, no es más que una ficción que él mismo instauro y manipula según sus necesidades. En el fondo, la idea de Dios solo es la más alta invención del ser humano, que en definitiva es equiparable a la nada. Tal como lo comenta Fernando Savater, quien conoció y tradujo a Cioran, señala que: “Respecto al origen de Dios, Cioran tiene pocas dudas; no cae en la tentación de suponerle ninguna procedencia extramundana (...), sino que le radica decididamente entre las producciones humanas, fruto fundamental de la fiebre y el delirio que nos designan” (Savater, 1992: 99). Para aquel que sufra el sentimiento de muerte Dios se devela como una mera producción humana, que ilusiona

“El lirismo como método de canalización agónica de la irracionalidad en el pensamiento de Cioran”

al hombre y camufla su origen.

En este sentido, se podría sostener que “la religión cristiana moderna representa al hombre caído y esto se traduce en que el hombre contemporáneo niega la muerte y trata de alejar de su consciencia la visión de la muerte” (Santana, 1993: 132), caracterización que encaja a cabalidad con el tipo de existencia que se mantiene al margen del pensamiento de muerte planteado por Cioran.

En este punto, es posible hacer un alcance relacionado con el pensamiento nietzscheano; si bien hay diferencias considerables entre ambas propuestas, se puede notar cierta similitud respecto a la actitud de desprenderse de la idea del Dios cristiano. Los motivos y expectativas que se tienen respecto de la decisión de separarse del Dios del cristianismo son distintos en ambos autores, pero el punto común en ambos consiste en equiparar la idea de Dios a la idea de Nada. Al ponerlo en evidencia se hace un llamado a desprenderse de dicha idea. Ahora bien, las diferencias no tardan en hacerse presentes, pues si se sigue a Nietzsche es necesario liberarse de conceptos tales como *Dios, más allá, alma inmortal, pecado*, entre otros conceptos asociados, en virtud de que ellos denigran la vida, el cuerpo y el mundo, para poder afirmar la vida, una vez estén liberados de tales conceptos (Nietzsche, 2008: 144-145). Mientras que, por el contrario, la propuesta de Cioran parece ser más difícil de determinar la búsqueda de consecuencias similares con dicha liberación. Desde la concepción nietzscheana, podría intentar caracterizar a la propuesta de Cioran como un nihilismo activo, en oposición al nihilismo pasivo o fatigado (Nietzsche, 1947: 35-36), sin embargo, no es uno incompleto, que intente huir del nihilismo reemplazando por otras aquellas grandes concepciones que se han desmoronado y perdido vigencia (Nietzsche, 1947: 39). Cioran ha constatado la nulidad de las antiguas grandes creencias metafísicas y teológicas, desechándolas en consecuencia en el paso desde el nihilismo pasivo al activo. Sin embargo, una vez hecho esto, no da ningún paso más dentro de lo que Nietzsche demarca como nihilismo incompleto, para reemplazar el lugar de tales ideas por otras similares, ni tampoco deviene un pensamiento que se afirme como voluntad de poder que acepte el eterno retorno: un tipo de hombre que a pesar de lo anterior siga afirmándose en la vida (Nietzsche, 2008: 72-73). Así entonces, Cioran parece no anhelar nada al desentenderse de los planteamientos teológicos y metafísicos ilusorios al constatar su nulidad, más que tan solo dejar a un universo “sin cruz ni fe”, un hombre tan “claro y vacío” en el que todo “carecerá de interés y de sabor” (1983: 152), estado en el que el hombre permanece siendo su dogma supremo:

Llevamos en nosotros, como un tesoro irrecusable, un farrago de creen-

cias y de certezas indignas. Incluso quien llega a desembarazarse de ellas y a vencerlas permanece, en el desierto de su lucidez, todavía fanático: de sí mismo, de su propia existencia. (Cioran, 1983: 77)

Ciertamente, con dejar al hombre en este estado de lucidez, desprendido de cualquier creencia, excepto de su dogma inconsciente, es decir, de sí mismo, no se busca instaurar algo más en el lugar de las antiguas creencias, pero tampoco se busca asumir ese vacío de manera tal que se afirme la vida: “¿Hay algo más vil que decir *sí* al mundo?” (Cioran, 1983: 78), por lo que es una propuesta que parece no encajar con las alternativas propuestas por Nietzsche con su caracterización del nihilismo en *La voluntad de poder*. Más bien, la propuesta de Cioran apunta a confeccionar un tipo de hombre abierto a tales experiencias de sufrimiento para que pueda, en virtud de estas, plasmarlas estéticamente, apuntando a alcanzar la constitución de un auténtico poeta: “Pasearse sin convicciones y solo no es propio de un hombre, ni siquiera de un santo; a veces, sin embargo, lo es de un poeta.” (Cioran, 1983: 118).

3.- El método ante la agonía

El tipo de hombre caracterizado hasta el momento, aquel que posee el sentimiento de muerte, entregado a su infinita agonía, para el cual toda creencia o dogma aliviador le está vetado, pareciera ser un tipo de existencia límite que no puede hacer nada ante su trágica condición. Un tipo de hombre que se encuentra en un punto tal que, ante aquella inevitable agonía que conlleva el sentimiento de muerte, no puede escapar, incluso si se es consciente de ella. Sin embargo, cabe la posibilidad de sacar provecho de tal situación, convirtiéndola en la vía para acceder a terrenos que por la mera racionalidad no se pueden alcanzar:

Crear que nos sería posible liberarnos del prejuicio de la agonía, nuestra más antigua evidencia, sería equivocarnos sobre nuestra capacidad de divagar. De hecho, tras el favor de algunos accesos, creemos de nuevo en el pánico y el asco, en la tentación de la tristeza o el cadáver, en ese déficit del ser, resultado del sentimiento de muerte. Por grave que sea nuestra recaída, puede, sin embargo, sernos útil si hacemos de ella una disciplina que nos induzca a reconquistar los privilegios del delirio (Cioran, 1973: 200).

Precisamente para ello Cioran plantea una suerte de *método* con el cual sería posible sobrellevarlo, al aprender a cursar aquella senda agónica y rescatar de ella esos privilegios que solo se obtienen al trascender la racionalidad, hasta el punto de conseguir canalizarlo en última instancia:

Contra la obsesión de la muerte, los subterfugios de la esperanza se

“El lirismo como método de canalización agónica de la irracionalidad en el pensamiento de Cioran”

declaran tan ineficaces como los argumentos de la razón: su insignificancia no hace sino exacerbar el apetito de morir. Para triunfar sobre este apetito no hay más que un solo «método»: vivirlo hasta el fin, sufriendo todas sus delicias y sus espantos, no hacer nada por eludirlos. Una obsesión vivida hasta la saciedad se anula en sus propios excesos. De tanto hacer hincapié sobre el infinito de la muerte, el pensamiento llega a *gastarlo*, a asquearnos de él, negatividad demasiado llena que no ahorra nada y que, más bien que comprometer y disminuir los prestigios de la muerte, nos desvela la inanidad de la vida (1983: 28).

El *método* propuesto por Cioran no consiste únicamente en entregarse sin restricciones a esa obsesión, a esa agonía sino en evitar encubrirlo con aquellas ficciones tranquilizadoras que serían una mera obstinación de la razón; es simplemente hacerle frente tal y como es, como un héroe trágico, que por vivirla hasta sus extremos más profundos puede llegar a agotar ese sentimiento, hasta el punto de anularlo. Por tanto, al revelar la inanidad de la vida, su futilidad, se puede también desvelar la mixtura que conforma la existencia, aquella mezcla de vida/muerte, así como la agonía que conlleva necesariamente. El hombre que sea consciente de ello por la aplicación de este *método* podrá entonces asumir esa contradicción capital de la existencia, como dos facetas que revelan una totalidad, la cual Cioran parece entrever. Al respecto Aldana & Garzón, quienes hacen una lectura crítica del tema, comprenden que quien asimila esta contradicción, no la ve tanto como dos caras de la misma moneda, sino como la conformidad de la moneda misma, y por ello es posible entregarse a *vivir de muerte y morir de vida* (Aldana & Garzón, 2017: 322). Este *método*, por tanto, no se limita solo a desgastar el sentimiento de muerte, sino que a adquirir de él un saber, precisamente el más esencial:

Sólo podemos vencer a la muerte desgastándola. La penetrante obsesión que sentimos por ella nos desgaste y, a la vez, se desgasta. Tan presente está la muerte en nosotros que envejece en nuestro interior. Después de habérmolo dicho todo, ya no podemos utilizarla. La simbiosis prolongada con la muerte, nos lo enseña todo; por ella lo sabemos todo. Por esa razón, ningún conocimiento puede nada contra ella. (Cioran, 1996: 173-174)

Contando con el saber adquirido por la aplicación de su *método*, el hombre aquejado de esa agonía, logra de alguna forma depurar tanto la vida como la muerte, cuando asume el sufrimiento como su destino, y lo vive hasta el extremo, hasta el punto de tornarse un *espectáculo de sufrimiento* para los demás, como un héroe trágico que no trata de escapar a su destino, sino que lo combate y muere por él, imposibilitado de adherir a alguna creencia

y evadirse. Este hombre de destino es capaz de entregarse a su fatalidad como un absoluto. (Cioran, 1983: 103). Así entonces, ese hombre, tal como un héroe trágico, puede entregarse sin temores a sus experiencias esenciales, hasta llevarlas a un paroxismo, y así sentir esa máxima expresión de los sentimientos más profundos que un hombre puede experimentar. Si absolutiza su sufrimiento solo puede anhelar más tragedia para sí. De este modo, es capaz de asumir que la existencia es una lucha agónica entre vida y muerte, una lucha que no puede ganar, pero sin embargo debe emprenderla, para así mantenerse en la vida frente al propio destino, y mirar todo desde el prisma de la muerte (Cioran, 1996: 179).

Este profundo sufrimiento solo es soportable en la vida en la medida en que no se sobrepase la esfera personal e individual, por deficiencia de la imaginación (para no concebir el dolor ajeno), y la deficiencia de la memoria (para olvidar parte del propio dolor). De preservarse estos límites naturales, lo único que importa es la propia agonía (Cioran, 1983: 44), solo de esa manera la vida parece posible. Sin embargo, cuando lo más íntimo y personal —dentro de esos *límites naturales*— es vivido hasta su extremo, esa agonía producto del sentimiento de muerte, es afrontada de manera total por su *método*. De esta forma, la agonía puede ser llevada a una expresión universal como una experiencia esencial de la existencia:

La verdad reside en el drama individual. Si realmente sufro, sufro más que un individuo, sobrepaso la esfera de mi yo y me acerco a la esencia de los otros. La única manera de encaminarnos hacia lo universal es ocuparnos únicamente de lo que nos atañe (Cioran, 1998: 102).

La agonía rebasa los límites del individuo y se torna infinita y universal, hasta convertirse en una desesperación visceral, pues, desde el sufrimiento más íntimo, se llega al sufrimiento más universal y esencial, el cual pareciera ser más de lo que un hombre podría soportar. Es en este punto donde esa desesperación visceral puede ser canalizada estéticamente, al ser expresada y plasmada en un lirismo, tema esencial para comprender el pensamiento de este autor, porque se considera a sí mismo como alguien que hace *filosofía lírica*, sumamente marcada por los elementos estéticos. Ya en el primer aforismo de su primera obra (*En las cimas de la desesperación*) trata de este tópico, lirismo, que marcará desde esas primeras páginas toda su obra y las posteriores:

El lirismo representa una fuerza de dispersión de la subjetividad, pues indica en el individuo una efervescencia incoercible que aspira sin cesar a la expresión. Esa necesidad de exteriorización es tanto más urgente cuanto más interior, profundo y concentrado es el lirismo. (...). Nos volvemos líricos cuando la vida en nuestro interior palpita con un

“El lirismo como método de canalización agónica de la irracionalidad en el pensamiento de Cioran”

ritmo esencial. Lo que de único y específico poseemos se realiza de una manera tan expresiva que lo individual se eleva a nivel de lo universal. Las experiencias subjetivas más profundas son así mismo las más universales, por la simple razón de que alcanzan el fondo original de la vida (Cioran, 1991: 5-6).

Hay que entender que este genuino lirismo, proveniente del sufrimiento, solo puede llegar a concretarse tras haberse entregado a esas *experiencias esenciales*, a las cuales solo se puede acceder mediante la aplicación de este *método*. De esa forma, el hombre accede a esas realidades profundas, con las que una simple razón conceptual no puede dar abasto, pues escapan de su dominio. En el fondo, consisten en realidades más profundas que tocan ese fondo originario e irracional, sobre el cual todo reposa. Esa materia fluida e irracional que se entrevé tras la agonía del sentimiento de muerte solo puede ser objetivada por el lirismo, una canalización estética de las profundidades irracionales del ser. Este lirismo del sufrimiento conlleva una purificación interior en la medida en que se ha logrado canalizar, pero no es un tipo de purificación que redima del sufrimiento, o que le dé un sentido. No se trata de que porque el sujeto exprese líricamente su sufrimiento este desaparezca o se elimine, sino que, se adquiere un carácter capaz de soportarlo, salvando parte de sí y haciendo llevadera la vida. Puesto que, mediante el proceso de plasmación y creación lírica, dichas experiencias de sufrimiento exacerbado han sido recorridas y parcialmente debilitadas: “Las obsesiones *expresadas* quedan debilitadas y superadas a medias. Estoy seguro de que si no hubiese emborronado papel, me hubiera matado hace mucho” (Cioran, 2011: 17). La purificación de la que se nos habla consiste en asimilar el sufrimiento como algo inevitable, dado que es la sustancia misma del ser y, como tal, es imposible tratar de disminuirlo o darle un sentido redentor, pero si es legítimo plasmarlo mediante una escritura que, líricamente lo transite llevaderamente una y otra vez. Ciertamente, el tipo de existencia que es capaz de asimilar esto, que posee un pensamiento vivo y apasionado, un pensamiento lírico, le parece mucho más valorable a Cioran que el otro tipo de existencia, operante bajo el dominio de la racionalidad, el hombre abstracto, al estar preocupado de la forma, la sistematicidad del pensamiento, la objetividad e impersonalidad. El tipo de hombre que posee su sentimiento de muerte, y se entrega a él (según el *método* ya mencionado) puede acceder a esas experiencias profundas de sufrimiento en su máxima expresión, al alcanzar así la verdadera inspiración, que proviene de la pasión y no de la razón. Aquel tipo de hombre, que escribe en los momentos de inspiración, no puede sino expresarse líricamente, pues siente y se entrega intensamente a lo que otros se cierran, aquellas experiencias de los extremos que se precipitan hacia la muerte; momentos en los que se ven las contradicciones de la existencia y el sufrimiento que necesariamente conllevan. Solo con tal inspiración se puede dar la ver-

dadera creación, de una *filosofía lírica*. Esta auténtica inspiración pone cara a cara al hombre contra el fondo irracional sobre el que se sostiene: “Sólo posee valor lo que surge de la inspiración, del fondo irracional de nuestro ser, lo que brota del punto central de nuestra subjetividad” (Cioran, 1991: 32). Únicamente a través del lirismo puede ser canalizado dicho fondo irracional, que pone al hombre en los bordes de la demencia. El lirismo descrito es una canalización de la agonía del sentimiento de muerte, o una *objetivación de sí mismo*, una *metafísica del destino*, es decir, el destino en su máximo grado de autoconocimiento, porque el hombre que se entrega a su sufrimiento lo ha asimilado como necesario, como un destino que ha de afrontar como el héroe trágico y cuya expresión lírica es tal que el acto coincide con la realidad, es decir, cada expresión lírica es un fragmento de sí mismo. En tales circunstancias, en las que se ha asumido el sufrimiento como un elemento esencial de la vida, cada experiencia es llevada a su paroxismo en búsqueda de ser disipada mediante la expresión lírica, cada momento de máxima tensión y agonía esencial late con “Aquella efervescencia incoercible que en él aspira siempre a la expresión para dispersar la subjetividad, desde donde se alcanza el fondo original de la vida, con la fuerza del lirismo” (Riquelme & Vicuña, 1999: 19). Lo que constituye una nueva forma de escribir filosofía según Riquelme & Vicuña (1999: 33), en la que se produce una ruptura con la tradición racionalista y se deja de lado todo entramado conceptual para dejar la experiencia a sangre viva. Es un estilo propio de Cioran en cual, el estado expresado se consume simultáneamente con la expresión, siempre fuertemente marcada por la muerte, lo que no es comparable a la mera poesía o sentimentalismo. (Cioran, 1991: 45).

4.- La encarnación del método en la filosofía lírica de Cioran

El tipo de existencia que se ha venido caracterizando hasta el momento coincide con el tipo de hombre que fue Cioran, quien constantemente en varios aforismos se identifica a sí mismo con las características mencionadas, además de otras como el insomnio y la soledad. En definitiva, tampoco escribe de una manera sistemática, sino aforística o como él la llama *lírica*. Podemos entonces leer su obra como una muestra de lo que él entendía por aquella *filosofía lírica*. El filósofo tradicional o sistemático, contrasta fuertemente con el filósofo lírico, al primero solo le basta con dedicarse racional y lógicamente a los grandes tópicos de la tradición, mientras que, al segundo, para llegar a crear líricamente necesita vivir, experimentar, sufrir y ser lo que exprese:

El filósofo lírico no es, como el universitario, un pensador con horario fijo para pensar y temas de libre elección, sino un “pensador de ocasión”, que depende de su propia agonía subterránea, que vive a la

“El lirismo como método de canalización agónica de la irracionalidad en el pensamiento de Cioran”

espera de la idea ‘secretada’ en el desenvolvimiento flexivo–reflexivo de su alma–cuerpo, en la circunstancia única e irrepetible de la vida (Cotofleac, 2002: 92).

Tal como comenta Cotofleac, la filosofía lírica implica aquella agonía, a la que se precipita el auténtico creador mediante el *método* cioraniano. Solo así se puede registrar, escrutar, en definitiva, sufrir y finalmente expresar el fondo irracional que se desvela tras la existencia acechada por la muerte.

De hecho, Cioran describe este contraste entre los dos modos de hacer filosofía mediante el tránsito del filósofo al poeta, camino esencialmente dramático y caótico, una metamorfosis en la que el sujeto se ha de entregar a la confusión y la locura interior, hundirse de manera permanente en esas vivencias intensas que son producto del sentimiento de muerte. La filosofía, al mantenerse en la esfera de la racionalidad, no puede hacerse cargo de aquel saber procedente de la agonía: “Como la filosofía carece de órgano para las bellezas de la muerte, hemos emprendido todo el camino de la poesía...” (Cioran, 1995: 214). De este modo se pasa desde la primera antípoda del filósofo, en la que impera la sistematicidad, el pensamiento abstracto, la forma y racionalidad del pensamiento, a la antípoda extrema, del poeta, en la que solo se puede filosofar de manera lírica, es decir, al canalizar todas esas experiencias esenciales con las que la razón se ve sobrepasada. (Cioran, 1991: 45-56). El que se haya apartado del mundo de la filosofía se explica por estos motivos, pues una vez se ha recorrido y agotado a la filosofía como disciplina, se da un abandono necesario, ya que desde su perspectiva: “El universo no se discute; se expresa. Y la filosofía no lo expresa.” (Cioran, 1983: 65). En consecuencia, se ha de buscar por otra vía alguna forma de suplir la incapacidad de expresión de la filosofía. El lirismo posee entonces la primacía para poder trascender las limitaciones de la razón y, como tal, es sumamente valorado por Cioran: “Cuando se rechaza el lirismo, emborronar una página se convierte en un infortunio: ¿qué sentido tiene escribir para decir exactamente lo que se tenía que decir?” (1998: 18). Con el lirismo se puede llegar a expresar algo más allá de las meras palabras, algo más allá del terreno de las formas y sistematicidad racionales, es posible expresar y canalizar líricamente aquel fondo más profundo e irracional que yace bajo cada uno, pero que solo los que se entregan a su agonía pueden asimilarlo totalmente.

En conclusión, si bien existe este fondo irracional, solo pueden acceder a él aquellos tipos de existencia que se hayan entregado a su sentimiento de muerte, cuando experimentan una agonía hasta el paroxismo, gracias a la aplicación de ese *método* ya descrito. Solo así mediante el desprendimiento del *hechizo de la integración* y el hundimiento en su sufrimiento ese tipo de hombre es capaz de asimilar y afrontar como, su destino, su sufrimiento pro-

ducto del sentimiento de muerte, a fin de acceder a ese fondo irracional, que solo puede ser canalizado, mas no redimido, en un lirismo. Podría sintetizarse gran parte de todo esto en el siguiente aforismo: "Sólo se tiene la posibilidad de entrever sobre qué locura se funda toda existencia, en la medida en que, a cada instante, se restringe uno contra la muerte" (Cioran, 1998: 186).

Recursos bibliográficos

Aldana-Piñeros, A. y Garzón-Pascagaza, E. G. (2017). El sentimiento de muerte como límite existencial en la obra de E.M. Cioran. *Ideas y valores*, 66 (163), 311-331.

Cioran, E. (1973). *La tentación de existir*. 1ª ed. Madrid: Taurus.

_____ (1983). *Breviario de podredumbre*. 1ª ed. Madrid: Taurus.

_____ (1991). *En las cimas de la desesperación*. 1ª ed. Barcelona: Tusquets.

_____ (1995). *El ocaso del pensamiento*. 1ª ed. Barcelona: Tusquets.

_____ (1996). *El libro de las quimeras*. Barcelona: Tusquets.

_____ (1998). *Del inconveniente de haber nacido*. 2ª ed. Madrid: Taurus.

_____ (2011). *Conversaciones*. 5ª ed. Barcelona: Tusquets.

Cotofleac, V. (2002). E.M Cioran. La filosofía lírica. *Episteme*, 22, 83-99

Riquelme Cepeda, & Vicuña Navarro. (1999). *E. M. Cioran: La escritura de la filosofía*. Tesis de licenciatura en filosofía, Universidad de Chile, Santiago.

Santana, M. (1993). *Nihilismo y sentido*, Publicaciones especiales de la Universidad de Chile. Departamento de Filosofía, Facultad de Filosofía y Humanidades, Serie Cursos y Seminarios, núm. 49.

Savater, F. (1992). *Ensayo sobre Cioran*. 1ª ed. Madrid: Espasa Calpe.

Mainländer, P. (2011). *Filosofía de la redención*. 1ª ed. Santiago: Fondo de Cultura Económica.

Nietzsche, F. (1947). *La voluntad de poder*. Buenos Aires: Poseidón.

_____ (2008). *Ecce homo*. 1ª ed. Madrid: Alianza.